



Noche de Reyes

Una de las más emotivas fiestas que celebra la cristiandad es, al menos a mi parecer, la fiesta de los Reyes Magos. Nada en el mundo hay comparable con el dulce y bello despertar de la mañana del seis de enero, cuando, con los primeros albos del día, el misterio de los Reyes de Oriente se hace realidad. Realidad palpable y positiva, como lo es, para el niño, el caballo, la muñeca o el diminuto tren eléctrico, que los santos personajes le han dejado en el balcón, mientras el mundo, acurrucado en el frío oscuro de la noche, soñaba, y allá en lo alto resplandecía, en competición de fulgores, la divina iluminación de la noche de Epifanía.

A veces me pregunto por qué los niños, tan propensos al miedo, no lo sienten ante el nocturno misterio de los Reyes Magos, ni temen al saber que aquella noche el mágico cortejo estará detenido bajo su propio balcón, y que negros criados - porque los criados de los Reyes son siempre negros - se encaramarán a él, para dejar allí lo que en la carta se les pida. Y es porque, a diferencia de los cuentos de fantasmas, que sólo en la oscuridad de la noche toman forma, y la luz los desvanece, el misterio de los Reyes de Oriente, como misterio divino que es, con la luz se vuelve realidad, bella y adorable, y por esto no asusta.

Yo, que cuando niño, el más leve rumor nocturno bastaba para aterrarme, recuerdo ahora, con nostalgia, que en la noche de Reyes hubiera deseado oír, como el que espera escuchar una música celestial, el piafar de los caballos sobre el tejado de mi casa. Y es que en la noche de Reyes el niño sabe que no pueden existir fantasmas. Con esa infantil y dulce ilusión de oír el paso de la celestial cabalgata, una vez arreglado el balcón para que fuese digno de recibir a los ilustres visitantes, y sin olvidarme de poner en él algunos pedazos de pan y el tazó de agua para los caballos de los Reyes, me iba, emocionado, a la cama, resuelto a pasar la noche en silenciosa vigilia, para apercibir el paso de la misteriosa caravana. Aunque, claro está, nunca lo conseguí, porque en cuanto en la cama me ponían, dormido me quedaba.

Mas, si el sueño, traicionero, impedía apercibirme de la llegada de los Reyes, a la mañana siguiente estaban en el balcón las inequívocas y palpables pruebas de su invisible y misterioso paso durante la estrellada noche. El misterio de los Reyes Magos estaba allí, ante mis ojos, hecho realidad. El balcón, como en los cuentos de hadas, se había convertido, para mí, en un mundo irreal de perlas y diamantes. Los Reyes de Oriente, pues, habían pasado; las pruebas estaban allí. Y aquellos juguetes, dejados en el balcón por mágicas manos, eran la realización palpable, pura y diamantina, del gran misterio de la noche de Epifanía.

Si alguien recuerda sus lejanas emociones infantiles, que me diga si hay algo, en esta vida de humanas miserias, que pueda compararse, ni poco ni mucho, con esa maravillosa mañana de Reyes, en la que un día tuvimos también la suerte de despertar nosotros.

Si alguien recuerda sus lejanas emociones infantiles, que me diga si hay algo, en esta vida de humanas miserias, que pueda compararse, ni poco ni mucho, con esa maravillosa mañana de Reyes, en la que un día tuvimos también la suerte de despertar nosotros.

Y si esperar la anual y positiva llegada de los Reyes Magos es bello y maravilloso, sublime y adorable es, también, representar, una noche al año, el clandestino papel de Rey. Porque, a diferencia de los demás deberes que cumplimos en esta vida de diarias ambiciones, de la dulce misión que llevamos a cabo la noche de Reyes, no esperamos recompensa alguna, pues sabemos, incluso, por anticipado, que a la mañana siguiente ni tan solo habrá, para nosotros, una compensadora mirada de agradecimiento de nuestros pequeños infantes, porque ellos las reservarán todas para dirigir las a lo alto, hacia donde habrán vuelto los Reyes de Oriente. Y nosotros preferiremos, una y mil veces, que la fé pura y absoluta del hijo sea sólo para los Reyes, y que sigan ignorados y sin recompensa, quienes en la clandestinidad de la fría y estrellada noche habrán ceñido, por breves y adorables momentos, y quizás, tal vez, a cambio de algún sublime sacrificio, que sólo el supremo amor al hijo podía hacer afrontar, las reales coronas de Oriente.

José Virgili Torrell



L'ofrena dels tres Reis

Els tres Reis de l'Orient
dels infants són l'alegria...
Els tres Reis de l'Orient
plens d'amor fan llarga via...

Van seguint tots els poblats...
Fins recorren les masies
les augustes Magestats
que adoraren al Messies...

Els tres Reis de l'Orient,
remembrant l'Epifania,
als infants fan el present
d'una dolça simpatia

i embolcallen cada cor
amb l'encens, la mirra i l'or

Lluís GARRIGA